

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

La obra del profesor Servais Pinckaers, *Las fuentes de la moral cristiana*, se publica por vez primera en 1985, coeditada por Éditions Universitaires de Fribourg y Éditions du Cerf de París. En 1986, se le concede el Premio del Príncipe de Liechtenstein, otorgado por la Universidad de Fribourg, y es reeditada en 1989 y 1993. Su éxito no ha dejado de crecer entre profesores y alumnos de teología moral, hasta convertirse en un libro de referencia. Fruto de muchos años de experiencia, este libro se caracteriza por una notable virtud: consigue situar y orientar al lector, de modo certero, en el vasto campo de la teología moral; y sabe señalar con acierto tanto los logros que deben ser conservados, como los aspectos que conviene renovar, en continuidad con la Sagrada Escritura, la Tradición de los Padres, la reflexión teológica de Santo Tomás y el Magisterio de la Iglesia. Muy pronto, *Las fuentes de la moral cristiana* se traduce al italiano, inglés, polaco y alemán. EUNSA publica la primera traducción al español en 1988. A la segunda edición (2000), se incorporan los añadidos de la tercera edición francesa. Ahora sale a la luz la tercera edición española, con el deseo de seguir facilitando a profesores y alumnos de teología moral el acceso a la sabiduría y experiencia de uno de los mejores teólogos contemporáneos.

TOMÁS TRIGO
Prof. de Teología Moral
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
1 de noviembre de 2006

PRÓLOGO

El último Concilio señaló que la fuente de renovación de la teología moral ha de hallarse en «una presentación científica más nutrida por la Sagrada Escritura», en el restablecimiento de los estrechos lazos de la moral con la dogmática, la doctrina de los Padres, la espiritualidad y la pastoral, la filosofía y las ciencias humanas¹. Estas directrices confirman poderosas corrientes que se han desarrollado en la Iglesia durante las últimas décadas: la renovación bíblica, patrística, litúrgica, ecuménica, etc. Uno de los principales cambios que el Concilio realizó fue conseguir que el pueblo católico accediera por entero a la Escritura y a la liturgia, que es la Palabra de Dios puesta en oración. Claro es, sin embargo, que decretos y documentos, por inteligentes que sean, no son suficientes para llevar a cabo las reformas propuestas, pues éstas llevan consigo profundas revisiones. La labor teológica, por ejemplo, no puede conformarse con una investigación escriturística o patrística, aunque sea muy amplia; reclama una reflexión que llegue hasta sus bases y principios.

En particular, la teología moral no es algo simplemente dado; nos trae la herencia de un largo pasado, cuya historia ha sido mucho menos estudiada que la de la Escritura y la de la dogmática. Esta parte de la doctrina cristiana no supone solamente una serie de preceptos sobre diferentes comportamientos clasificados según su especie y más o menos determinados por las situaciones particulares;

1. Cf. el decreto *Optatam totius* sobre la formación de los sacerdotes, n. 16, y el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica sobre la formación teológica de los futuros sacerdotes del 22 de febrero de 1976.

contiene también una concepción sistemática que proporciona los criterios primeros del juicio y que asegura la organización y la presentación del dominio del obrar humano. Por último, la teología moral se ha dado en el transcurso de las épocas, un lenguaje y unos procedimientos técnicos propios. Una reforma de la teología moral, necesaria a causa de una «cierta estrechez de miras y de lagunas» manifestadas en el pasado reciente², debe abarcar todo este conjunto si se comienza con lo que se ha llamado la moral fundamental. Si se quiere renovar un edificio, ¿no es preciso, antes que nada, examinar y consolidar sus cimientos?

La empresa no es fácil. Aunque, en efecto, cualquier persona es capaz de emitir juicios morales en casos concretos, la reflexión sobre los criterios que dirigen estas apreciaciones y la elucidación de las nociones que en ellas intervienen es una tarea indudablemente muy ardua. Con frecuencia, tenemos por evidentes ideas y categorías adquiridas en nuestra infancia o durante nuestros estudios, y que jamás hemos controlado. Sin duda, estos conductos intelectuales nos pueden llevar a la verdad; pero quizás también le impongan límites y angosturas que la empobrezcan. Por consiguiente, es preciso llevar nuestra investigación hasta ese punto, si se quiere ver claro.

Asimismo, sería demasiado simple, so pretexto de renovación y apertura como dijo el Concilio, rechazar *a priori* las posiciones tenidas por tradicionales en moral, porque parecen viejas, y pronunciarse, de ahora en adelante, en favor de la libertad antes que de la ley, preocupados por exhibir amplitud de miras. De este modo, sin tomarlo en consideración, se corre el riesgo de embarcarse en el camino ancho, del que habla el Evangelio, que renueva viejos errores y que no conduce a ninguna parte, de volver la espalda al camino estrecho, por donde la moral cristiana ha marchado con fruto desde hace dos mil años y que es el único que lleva a Dios, según Cristo. Debemos, pues, guardarnos de la tropelía de las palabras y de las ideas de moda que permanecen en la superficie de las cosas, y esforzarnos en penetrar en lo real de la vida moral como en una tierra resistente y profunda. En teología moral, como en cualquier otro sitio, es preciso saber sudar para ganarse el pan.

En nuestra opinión, la principal tarea que incumbe a los moralistas de nuestros días es restablecer plenamente la comunicación entre la teología moral y la Palabra de Dios. Es necesario captar esta gracia que el Concilio nos ofrece. No cabe duda de que, en princi-

2. Documento sobre la formación de los futuros sacerdotes, n. 96.

pio, todos los moralistas católicos estarán de acuerdo en este punto, pero, en la realidad, estamos muy lejos de ello. Incluso, actualmente, se puede percibir la existencia de una fuerte corriente que preconiza una moral tan racional y autónoma que pudiese ser elaborada en lo esencial y ser sostenida, en suma, aun en el caso de que no existiese la Escritura. Por consiguiente, la empresa es más difícil de lo que se pudiera pensar. No basta, por ejemplo, que los moralistas multipliquen sus relaciones con los exegetas y les pidan documentos que les sirvan de fuentes y de materiales para sus ensayos de renovación. Es fácil darse cuenta pronto de que unos y otros no hablan ya la misma lengua, y que el acercamiento está dificultado por numerosos obstáculos. Podemos incluso preguntarnos si una cierta concepción de la moral, que ha llegado a ser corriente, no tiene como consecuencia, por su lógica interna, reducir en gran medida los contactos con la Escritura.

Vayamos aún más lejos. ¿Es suficiente el texto de la Biblia para reconstruir una moral cristiana? No podemos contentarnos con rellenar nuestras exposiciones morales con textos de la Escritura. Eso sería mantenernos demasiado en la letra que no puede dar vida, ¿No será acaso la labor decisiva encontrar el lugar, en el corazón de la moral y de la personalidad cristiana, en el que reside la fuente secreta del Espíritu, y trabajar en preparar el terreno para que pueda brotar de nuevo con abundancia? No se trata de un asunto pequeño pues varios obstáculos de envergadura obstruyen el paso especialmente en el plano intelectual. Al concentrarse, desde hace siglos, en las obligaciones, la moral se ha endurecido, un poco al modo de una piedra, y se opone a todo lo que fluye y brota. Sin duda le era necesario para dominar el flujo de la subjetividad y de las pasiones; pero ¿se debía por eso olvidar la existencia de una espontaneidad espiritual de otra naturaleza, y expulsar del dominio de la moral todo lo que surge de la mística y de la espiritualidad? Ahora bien, ¿qué quiere realizar en nosotros la Escritura? ¿No ha sido dada al pueblo creyente para darle de beber con el agua del Espíritu Santo, alimentarlo con el pan de la Palabra? ¿No reconocemos ahí la fuente primera de la teología? ¿No será imprescindible remontarnos hasta ella, si queremos hacer una obra útil en ese dominio y contribuir a una verdadera renovación? Ésta es la razón principal de la elección de nuestro título: «Las fuentes de la moral cristiana».

El problema de la teología moral no interesa únicamente a los moralistas. La crisis de la moral es experimentada por todos los cristianos; se la percibe en sus reacciones. Cuando uno se presenta ante otros como profesor de teología moral, se oyen reflexiones significa-

tivas. Algunos dicen: «¡Dios mío, eso no debe ser divertido!»; y los sacerdotes exageran: «¡Caramba! ¿existe aún la teología moral?». No obstante, los problemas éticos de todo género están a la orden del día y los investigadores más positivos son forzados a tomarlos en consideración. No les falta, pues, trabajo a los moralistas; pero el terreno ha llegado a ser tan movedizo, tan agitado, que no se pueden ya contentar como antaño con soluciones de casos, con arreglos parciales. Una vez más, es preciso cavar profundamente el terreno, ahondar profundamente en el hombre.

El dominio de la teología moral es muy vasto, sobre todo si se la pone en relación con la Escritura, con la dogmática, con la espiritualidad, con las ciencias. Cuando penetramos en ella, hemos de pensar que nos adentramos en un bosque invadido por la espesura y las zarzas de las discusiones y de los problemas que crecen en todos los sentidos. No se pueden seguir todos los senderos, todas las pistas, ni detenerse en todos los árboles. Nunca se acabaría. Es preciso, pues, elegir el camino y trazarlo lo más rectamente posible según la orientación y el fin propuestos. Sobre todo, es necesario descubrir y seguir los caminos que tengan salida.

En nuestro trabajo nos hemos dejado guiar, en primer lugar, por la materia misma, más que por la variedad de los debates entre los moralistas, y nos hemos esforzado en ahondar bastante profundamente para encontrar y seguir los hilos lógicos que la reflexión sistemática y la historia han formado, un poco como un minero o un cantero explotan los filones de carbón o de piedra. Así hemos investigado, a nuestra manera, el «*ordo disciplinae*» o el «*ordo materiae*» antes que el de las cuestiones y el de las opiniones, que nos habrían hecho dar grandes rodeos y nos habrían apartado de algunos problemas esenciales que son frecuentemente desatendidos.

Igualmente hemos elegido entre los diversos caminos que recorren el dominio de la moral. Hemos dado preferencia a los que llevan más directamente al fin principal que se ha descubierto cada vez más claramente a nuestros ojos: abrir de nuevo, y ampliamente, las vías, con demasiada frecuencia obstruidas e incluso condenadas que ponen en relación la moral con nuestra espontaneidad espiritual, con la acción del Espíritu Santo por la fe en Cristo. Este proyecto nos ha parecido prioritario y nos ha llevado a dejar a un lado varios problemas interesantes a fin de que este libro conserve límites soportables para el lector.

Es preciso también determinar nuestro público, pues un libro es un discurso que conviene adaptar a sus destinatarios. Hemos pensado en primer lugar en nuestros estudiantes de teología, ya que este

trabajo es fruto de una larga docencia. No les hemos considerado como futuros técnicos de la moral, sino, más bien, como hombres llamados a ayudar al pueblo cristiano en su respuesta a las grandes cuestiones de la vida, que están en el corazón de la moral, tanto a partir de su experiencia como de sus ideas y de la herencia doctrinal que les ha sido confiada. Sin eludir de modo alguno las exigencias de un tratamiento serio de la materia, hemos optado por una exposición tan simple y clara como fuera posible, por ser la más apta para favorecer el avance y el descubrimiento, por ser también la más accesible a un gran público. Por otra parte, hemos comprobado muchas veces que la experiencia humana y la madurez cuentan más a la hora de comprender las realidades morales que el propio estudio y la facultad de manejar ideas. Igualmente, ésta fue una razón para desechar los problemas que requiriesen una gran técnica que pudiese estorbar la comprensión y desanimar. Asimismo, hemos procurado enlazar siempre las cuestiones más abstractas, en apariencia, con la experiencia que se expresa en el lenguaje común. De hecho, las exigencias de la materia reúnen, a fin de cuentas, con bastante exactitud los datos de la experiencia moral, así como los requerimientos de orden y claridad en la enseñanza y en la exposición. Concebido de este modo, nuestro libro no pretende ser un manual, sino, más bien, una guía que abra caminos y horizontes.

No nos hagamos ilusiones. Un libro que se acaba es una aventura que comienza, con su albur, pero es también un germen de esperanza que nace. Esto se verifica más aún cuando la obra se refiere a las realidades cristianas, en las que nada puede consumarse sin la operación de la gracia. No decimos esto para añadir una pincelada de piedad al trabajo que presentamos, sino porque alcanza la substancia misma de nuestra empresa, de un extremo a otro. En moral, particularmente, creemos que no hay teología que valga si no procede de la fe y de la oración, como su fuente, tanto en el nivel de la inteligencia y del estudio como en el esfuerzo cotidiano. La labor teológica es una tarea de Iglesia y nadie puede edificarla sin el Espíritu Santo, ni en sus partes y detalles ni en su conjunto. Conviene, por tanto, al comienzo de este libro, que solicitemos con esperanza alguna participación del don de temor filial que santo Tomás atribuye a esta virtud, y que se expresa directamente en la invocación: «Padre Nuestro», con la petición de la santificación de este nombre, en nuestras palabras, nuestros pensamientos y nuestros actos. No es tampoco indiferente que dicha virtud haya sido relacionada con la bienaventuranza de los pobres, pues concierne a los humildes y a los pequeños, a los cuales está reservada la revelación del misterio de la

Sabiduría de Dios, y ¿por qué no situarnos entre aquellos que se interesan por la teología y que quieren profundizar en la moral cristiana?

Nuestro libro comprenderá tres grandes partes. Después de una definición de la teología moral y un rápido examen de su dominio, estudiaremos esta ciencia bajo sus dos aspectos principales: su dimensión humana, que la pone en relación con las ciencias del hombre, y su dimensión cristiana tal como la exponen san Pablo y el Sermón de la Montaña con los comentarios de san Agustín y de santo Tomás. En la segunda parte recorreremos la historia de la moral cristiana, principalmente desde el punto de vista de la sistematización que ha recibido desde los Padres hasta nuestra época. Por último, en la tercera parte, examinaremos los fundamentos mismos del edificio moral en el hombre: la libertad y la ley. Desde el principio hasta el final, nos esforzaremos por restablecer lo mejor posible las relaciones de la moral cristiana con sus fuentes: la Escritura, el Espíritu Santo, la Ley evangélica y la ley natural arraigada en la misma libertad.